

ECONOMÍA DEL SECTOR PÚBLICO

PRÁCTICA 2

Lea los siguientes textos y responda a las preguntas del cuestionario, teniendo en cuenta que las 10 primeras preguntas corresponden al texto 1 y sólo la última corresponde al texto 2.

TEXTO 1

LA INELUDIBLE INTERVENCIÓN DEL ESTADO

José Luis Feito
01/10/2008

Los graves errores de la política monetaria de Estados Unidos son la causa principal de la crisis actual. Se podrán criticar las medidas que impulsó el Banco Central, pero hay que intentar evitar el colapso inminente.

La colosal crisis financiera actual, al igual que sucedió en otras anteriores de similar magnitud, ha propulsado las diatribas contra el libre mercado en el ámbito del sistema financiero y por derivación en el conjunto de la economía. Airadas voces críticas señalan una amplia gama de males inherentes al capitalismo liberal que van desde la codicia de los financieros hasta la ausente o insuficiente regulación de sus actividades como las causas de dicha crisis.

Los partidarios del libre mercado, por su parte, recuerdan que en el sistema financiero capitalista no impera el libre mercado sino que existe una profusa intervención por parte de los Bancos Centrales y de otras agencias regulatorias. Culpan de la crisis, sobre todo, a la política de tipos de interés nominales y reales extraordinariamente bajos seguida por la Reserva Federal estadounidense bajo el mandato del extrañamente venerado, y santificado antes de tiempo, gobernador Greenspan. También señalan otras intervenciones públicas que han

contribuido a canalizar la torrencial riada de liquidez creada por la Reserva Federal hacia el sector de la vivienda. Entre ellas, la existencia de dos criaturas del Estado, Fannie Mae y Freddie Mac, con el mandato de "facilitar el acceso de la vivienda a todos los ciudadanos" y la garantía del Tesoro para pedir prestado y consecuentemente conceder préstamos hipotecarios por debajo de los tipos de interés de mercado. Los reguladores financieros, por otro lado, alentaron o toleraron la creación de vastas bolsas de activos crediticios fuera del balance de las entidades de depósito, así como descomunales ratios de apalancamiento de los bancos de inversión. Por último, la regulación bancaria y bursátil es también responsable de potenciar el injustificado y peligroso oligopolio de las agencias de rating, cuyo comportamiento ha exacerbado el comportamiento maniaco-depresivo de los mercados financieros.

A pesar de las posiciones frontalmente opuestas sobre las causas de la crisis entre los adversarios y partidarios del

mercado, a la hora de considerar las posibles soluciones se forman dos bandos que integran a miembros de ambos grupos. Para unos se debe aplicar el principio de "quien la hace la paga" dejando quebrar a tantas entidades financieras como ello implique. Para otros, el Estado debe intervenir tan masivamente como sea necesario para evitar la desintegración del sistema financiero y, con él, de buena parte del sector real de la economía. ¿Quién tiene razón?

Ante todo conviene despachar la explicación, tan popular y populista, de la codicia como causa de la crisis. La codicia es un atributo de la naturaleza humana presente tanto en el auge como en la crisis y en los periodos de estabilidad económica. Las crisis no las causan súbitos arrebatos de codicia sino el haz de incentivos que dirige el interés propio de los individuos hacia comportamientos agregados que terminan siendo perjudiciales para su bienestar. En este sentido, para mí está fuera de toda duda que no existiría hoy una crisis financiera de tal magnitud si la Reserva Federal no hubiera mantenido los tipos de interés reales tan bajos durante tanto tiempo. Los graves errores de la política monetaria norteamericana constituyen la condición necesaria y suficiente de esta crisis, errores muy similares por cierto a los cometidos en los años anteriores a la Gran Depresión. Ahora bien, la existencia de la Reserva Federal y de los Bancos Centrales en general se asienta en un fallo de mercado: la incapacidad de la iniciativa privada en el ámbito financiero para hacer frente a una crisis de confianza sistémica en el dinero fiduciario como medio de pago. En el mercado de zapatos se puede y se debe dejar quebrar cuantas empresas no generen beneficios de forma que sus clientes, así como sus empleados y otros recursos productivos, se dirijan a quienes puedan gestionarlos más

eficientemente. En el sistema financiero, cuando la quiebra no se limita a alguna gran entidad o a varias de tamaño marginal, los clientes no se van a otros bancos sino que van huyendo en cadena de todos los bancos buscando efectivo o deuda pública. Los propios bancos que van sobreviviendo huyen también unos de otros y todo ello reduce drásticamente sus recursos prestables y termina interrumpiendo la financiación del sector privado. Con la quiebra del sistema bancario no pagan sólo los accionistas, empleados y depositantes de las entidades ineficientes, sino también los de todas las demás entidades bancarias y últimamente de otras empresas de la economía.

Así pues, la causa primaria de la crisis es la actuación errónea del Estado en el sistema financiero, pero dicho sistema no podría funcionar sin la presencia del Estado. Si la justificación de la presencia del Estado en el sistema financiero es la incapacidad del sector privado para hacer frente a crisis sistémicas de confianza entonces no tiene sentido lamentar sus intervenciones para resolver dichas crisis, aunque éstas sean causadas por los errores del Estado. Se pueden criticar las políticas del Banco Central que han conducido a la crisis. Sin embargo, una vez que la crisis se ha producido y se corre el peligro de colapso inminente del mecanismo de pagos y créditos hay que aceptar y animar las ineludibles intervenciones estatales para resolverla.

Los que se oponen a estas intervenciones aducen el riesgo moral o el coste de las mismas para los contribuyentes. Los argumentos esgrimidos de riesgo moral, la idea de que las intervenciones que pueden salvar el sistema hoy pueden llevar a mayores desastres mañana, son defectuosos teóricamente y en todo caso son inaplicables en situaciones de

crisis sistémica. La existencia de riesgo moral exige que el individuo o la entidad salvada de su mal comportamiento hoy sea la misma que mañana actuará aún peor por los incentivos a su mal comportamiento. Sin embargo, la intervención no salva ni a los gestores ni a los accionistas de los bancos ineficientes cuya desaparición se haya podido evitar. Los gestores habitualmente son despedidos antes o después de la intervención y el quebranto sufrido por los accionistas de los bancos salvados es enorme. Además, es ingenuo pensar que permitir un mayor número de quiebras hoy impedirá el día de mañana que las entidades entonces existentes cometan excesos similares si la política monetaria les alienta a ello. En fin, es como decir que no se quiere curar a quien ha tenido un accidente de moto por exceso de velocidad a fin de que su hijo en el futuro no vuelva a correr aún más velozmente que él. En la crisis de 1929 las autoridades actuaron como si estuvieran guiadas por esta idea de impedir el riesgo moral y el resultado fue el que todos conocemos. Cuando Roosevelt creó un fondo de rescate en 1933 quedaba ya poco que rescatar y la confianza y capacidad de prestar había desaparecido del sistema. Otro tanto se puede decir del objetivo de minimizar el coste para los contribuyentes. En 1929 y en 1930 el coste fiscal fue mínimo, pero el paro superó el 25% y la renta

per cápita descendió en cuatro años más de un 30% respecto al nivel anterior a la crisis.

El debate interesante que va a suscitar esta crisis, el debate de cuya resolución dependerá la magnitud de las nuevas crisis en el futuro, no reside en el sistema regulatorio al que tanta atención se le está prestando en la actualidad. El debate crucial es cuál debe ser la política monetaria óptima que ha de seguir un Banco Central. En este debate, estoy convencido que se recuperarán alguna de las ideas que defendía Hayek en sus disputas con Keynes y sus seguidores en el periodo de entreguerras. En particular, la idea según la cual una política monetaria dirigida únicamente a controlar la inflación no será capaz de estabilizar el ciclo económico. Para conseguir suavizar las oscilaciones económicas e impedir que desemboquen en crisis agudas es imprescindible que el Banco Central controle la evolución del crédito, aunque ello exija a veces la coexistencia de tipos de interés elevados y bajos o muy bajos ritmos de inflación.

Fuente: EL PAIS.

http://elpais.com/diario/2008/10/01/opinion/1222812013_850215.html

LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ES EFICAZ

Félix Ovejero

José V. Rodríguez Mora

31/10/2008

Como nosotros, habrán ustedes reparado en que cuando llegan las recesiones algunos aprovechan para atizarle al Estado de bienestar. No dudan en reclamar dinero público para salvar los muebles, como en estos días, pero el Estado redistribuidor ya es otra cosa. Una antigualla, una rémora. Desempleo e ineficiencia. No es que en tiempos de prosperidad se relajen pero, cuando vienen mal dadas el personal se pone cainita, sobre todo cuando los de abajo andan como andan, cautivos y desarmados.

Las andanadas más primitivas equiparan al Estado con Vito Corleone, por ladrón y prepotente. Parece presumirse un paisaje de libertad anterior a la horma de las instituciones. Una ingenuidad. El único paisaje sin instituciones, el paisaje natural, si es que algo así tiene sentido, es el que llevaría a que los energúmenos, solos o en bandería, impusiesen su voluntad. A partir de ahí todo es artificio, incluida la compleja trama que garantiza las transacciones y los derechos en el mercado. Una trama que en ningún caso nos permite hacer lo que queramos con lo nuestro, como lo puede comprobar cualquiera que intente alojar su cuchillo jamonero (incluso el legítimamente adquirido) en el espinazo de algún conciudadano. Los intercambios, los derechos de propiedad y la libertad misma resultan inimaginables sin intromisiones públicas; sin ley.

Pero hay también críticas refinadas. Casi siempre andan a vueltas con un supuesto dilema entre eficacia y equidad donde la izquierda preferiría igualdad en la pobreza a cualquier desigualdad, aun a costa de un mayor nivel de bienestar material generalizado. Una majadería, preferir menos a más. El Estado de bienestar, se aduce, distorsiona acciones e incentivos. Se invierte menos y peor, y se produce menos riqueza de la que podría producirse. Esta cosmovisión entiende la vida como la ascensión a una montaña y la eficiencia como el tiempo empleado. El Estado, en su afán igualador, establecería unas reglas absurdas: lastrar a los veloces y librar de peso a los lentos. Con tales incentivos nadie daría un palo al agua. La ascensión duraría una eternidad y todos llegaríamos frustrados. Hasta aquí el mensaje liberal: el coste de la igualdad es demasiado alto. En el mensaje hay importantes posos de verdad, pero la historia es incompleta y la metáfora engañosa.

Para empezar, aun si se acepta la metáfora y se cree que los costes son importantes, no es insensato preferir un Estado redistribuidor. Primero, porque no se elige ser poco productivo, y no parece decente penalizar por lo que no se es responsable, por el mal fario de venir al mundo en la orilla inconveniente. Segundo, porque pudiera suceder que muchos individuos, incluso una mayoría, estuviesen mejor si se redistribuye: aun

si el pastel resulta más pequeño, muchos pedazos serán más grandes. Se puede juzgar valioso mitigar las disparidades a costa de cierta riqueza. Entre otras razones porque no pocas veces nunca llega la hora en la que los de abajo puedan disfrutar de esa mayor riqueza que su pobreza relativa hace teóricamente posible, porque cada vez que preguntan si ha llegado la hora de repartir, el argumento se repite: si no somos ricos no habrá nada que redistribuir.

Pero hay más. No es obvio que los costes económicos de la redistribución sean altos. La metáfora parte de una visión equivocada de qué es y qué objetivos debería tener el Estado de bienestar. Y es que éste no va sólo de llegar juntos, sino también (y sobre todo) de salir juntos. Pero en serio. Es así, porque asegurar igualdad de oportunidades no es sólo justo, sino que además es enormemente eficiente. Este razonamiento siempre se escamotea. Una sociedad es más eficiente si la asignación de recursos humanos a tareas está basada en los talentos relativos. Estirando la metáfora: importa no sólo cuánto empuja el que va delante de la cordada, sino también quién es. Si es el más capaz, todos irán más rápido. Pero hay ventajas, muchas y sustanciales, que algunos individuos heredan, sin ser resultado ni de sus talentos ni de sus esfuerzos, sino de buena suerte en el dónde nacer. Son cartas ganadoras que ayudan a algunos a llegar los primeros, pero que no hay que esperar que estén en manos de los mejores jugadores. Los hijos de una pareja rica y afanosa pueden tener talento o no, incluso es muy posible que en términos medios tengan más talento que la mayoría, pero ciertamente tienen ventajas derivadas de que sus padres fueron ricos, no de su talento. Ventajas de las que carecen los hijos de los pobres, tanto si son lumbreras como si son ceperros, y que inducen a gente sin

particulares talentos a ser líderes de la cordada.

Ventajas y desventajas que el mercado puede hacer poco por corregir. En un mundo imaginario, con mercados de capitales perfectos, donde no hubiese problemas de acceso al crédito, podrían, en principio, mitigarse las derivadas de diferencias en riqueza... pero ése es un país de Nunca Jamás porque no basta con tener talento para pedir prestado, te tienen que saber con talento. En todo caso, con el mercado a palo seco no hay manera concebible de arreglar la inmensa mayoría de desventajas consecuencia de nacer en el lugar equivocado: la red de amigos, la educación recibida, la accesibilidad a la información, la socialización, el valor que se otorga al trabajo y al esfuerzo, etcétera.

En suma, resulta discutible la equiparación entre Estado de bienestar e ineficiencia. Sus problemas, que los tiene, deben ponderarse por los efectos dinamizadores de corregir las desigualdades de origen. Al disminuir la distancia entre los que llegan antes y los demás, se minimiza también las desventajas que los hijos de los segundos sufren frente a los hijos de los primeros y asegura que los miembros de la siguiente generación encuentren una comunidad más justa, donde los méritos y esfuerzos determinen quién es qué y qué hace quién; que la arbitrariedad del pasado no descarte a nadie del juego social.

El saldo neto es difícil de ponderar, pero resulta improbable que los efectos positivos de la redistribución sean despreciables. El nivel de movilidad social (la probabilidad de que los humildes asciendan en el escalafón de la riqueza, y viceversa) es una medida de cuán superables son las desventajas asociadas a nacer en la familia equivocada. Existe la creencia extendida de que es enorme en EE UU

y baja en Europa y no falta quien achaca esa circunstancia a la presencia del Estado de bienestar en esta orilla. Una creencia sin fundamento. Sabemos sin sombra de duda que la movilidad social es notoriamente más baja en EE UU que en los países del Norte de Europa, quedando los países del Sur de Europa en un punto intermedio: los datos disponibles indican que el principal determinante de la movilidad social es el grado de igualdad en la sociedad. Lo cual bien podría explicar por qué las sociedades del Norte de Europa, donde el papel del Estado es notorio, alcanzan sistemáticamente un mayor nivel de vida. Exactamente lo contrario de lo que debería suceder según los conservadores.

El Estado de bienestar hace posible una sociedad más justa y más cohesionada, y lo hace con costes económicos que, en la peor hipótesis, son escasos. El buen funcionamiento de la sociedad difícilmente puede prescindir de los incentivos, y algunas redistribuciones pueden tener efectos perniciosos. Todo eso es cierto, pero aún lo es más que "liberalizar" no garantiza eficiencia. La debilidad del Estado de bienestar lo único que asegura es la fuerza de los privilegiados.

Fuente: Diario EL PAÍS S.L.

http://elpais.com/diario/2008/10/31/opinion/1225407604_850215.html